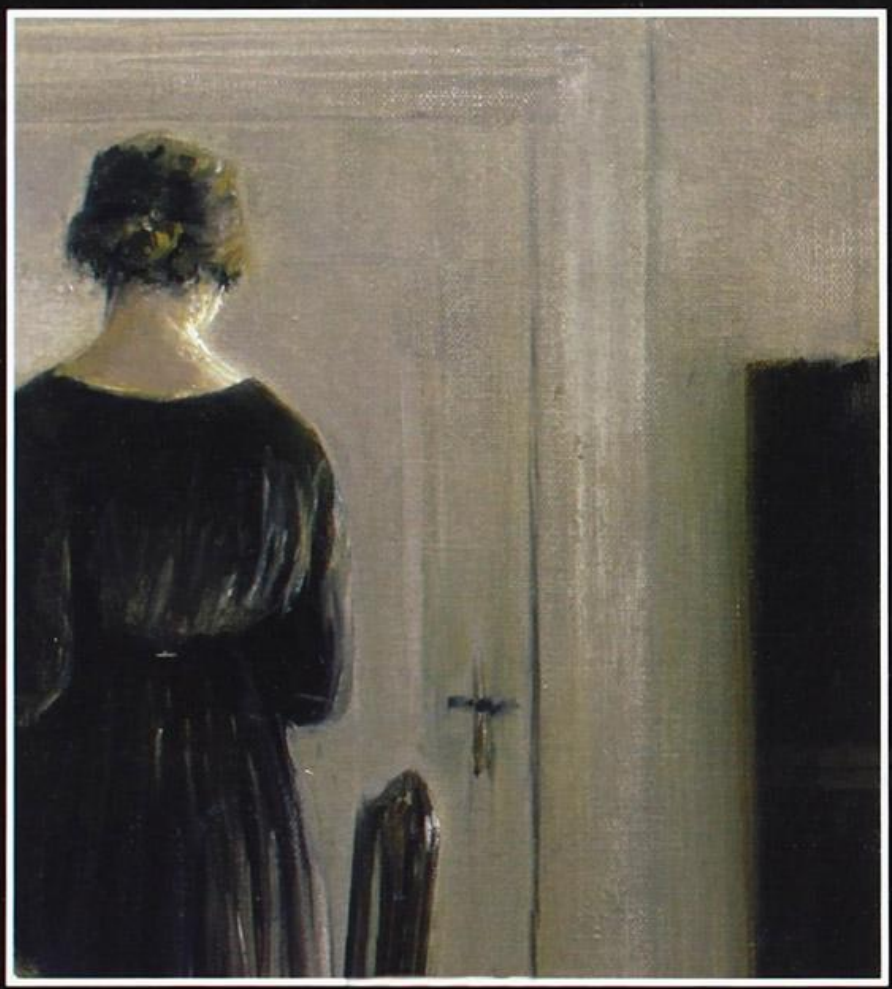
Fleur Jaeggy

EL ÁNGEL DE LA GUARDA



Como si dos niñas, fijadas para la eternidad, desde hace más de un siglo, sobre las huellas fotográficas de Lewis Carroll, hubieran de improviso recobrado vida, las protagonistas de esta novela aparecen en un lugar impreciso de Inglaterra. Viven en una reclusión deliberada, observadas y atendidas por su afectuoso y perplejo tutor, cuya función es más la de servir que la de mandar. La principal actividad de las dos niñas dotadas de un cerebro «prematuramente mecánico», es la «gran conversación»: se lanzan en diálogos sobre todos los temas más graves, como la muerte, el vacío, el poder, los orígenes, o algunos temas, también graves, de la vida cotidiana. Arrogantes, severas y melancólicas, las dos niñas parecen dar por supuesto que de esas grandes cosas es legítimo, y nada vergonzoso, hablar solamente a su edad —y ya empiezan a dar señales de fatiga. Pero un día, un tercer elemento se introduce en el viejo caserón: El ángel de la guarda haciendo que la semejanza entre las dos niñas se acentúe siempre más, que cada una se sienta en cada momento acompañada del propio reflejo viviente. Es el comienzo de la exasperación: Alicia, esta vez, ya no debe atravesar el espejo, sino sostener al prueba de verse continuamente reflejada, en el espejo, en otra persona.

Fleur Jaeggy

El ángel de la guarda

Título original: *L'angelo custode*
Fleur Jaeggy, 1971
Traducción: Mariano Solivellas, 1974

-

Revisión: 1.0

16/02/2025

Para P.C.J.

JANE: cinco años, rubia, se asemeja a Rachel.
RACHEL: siete años, rubia, se asemeja a Jane.
BOTVID: no es joven, edad indefinida.
Inglaterra.

I

Jane y Rachel conversaban: — Otro juego de paciencia.

JANE: Usted, Botvid.

BOTVID: Deberíais llevar una vida más sana, caminar al aire libre. Me gustaría veros pasear por los alrededores, en plena naturaleza. Cansaos en la naturaleza. O bien tratad de buscar otros objetivos en vez de entregaros a largas conversaciones. Pero haced algo. Por desgracia mis lecciones van a la par con aquello de lo que tanto habláis. No tengo otra cosa que enseñaros. También yo me siento atraído por esos temas fundamentales, ya sabréis que os escucho con frecuencia. Y si vuestro maestro os escucha, ¿cómo podréis hacer caso de mis consejos? Sé que debo velar por una de las dos, pero aún no sé por cuál. Soy vuestro tutor, y a pesar de encontrar razonable vuestro modo de vivir no puedo dejar de insistir en rogaros que salgáis y que por lo menos contestéis al teléfono. Por otra parte, sois tan conscientes de vuestros deberes hacia mí. No lo creeréis, pero de vez en cuando, por la noche, me despierto sobresaltado pensando en vosotras. Sois tan autónomas y con un cerebro tan prematuramente mecánico. Os enseño una fórmula cualquiera y enseguida la veo establecida en vuestras mentes. Pero lo que realmente me produce asombro es la falta del más mínimo interés por todo lo que se encuentra fuera de vuestras conversaciones. Me gustaría escribir una carta a vuestros padres con estas ideas, pero ya no pertenecen a este mundo. Qué enorme responsabilidad he contraído. Los pasatiempos, aun los más inocuos, llevan con toda seguridad a cometer insensateces. Esto lo digo, pero en realidad no lo creo. Quizá sea sólo el deseo de ver crecer a dos niñas a partir de un modelo cualquiera, sano, práctico. Y mi responsabilidad sería menor. Tanto Rachel como Jane me

tratan como a un sirviente, en eso no les falta sentido común. En realidad estoy constantemente en vela. De lo que no carecen es de belleza. A causa de la pedagogía y el amor no ceso de mirarlas. Puesto que ellas son mi único deber.

JANE: Nuestras habitaciones: una gran cortina divide mi zona de la de Rachel. Las dos tenemos un espejo ovalado idéntico, que refleja las mismas cosas, una hilera de miniaturas en la pared, otra hilera de dibujos, con repisas de *pitch-pine*, después un espacio de pared floreado, y debajo el respaldo y los dos brazos de un sillón desfondado. Si me levanto de puntillas veo a Rachel sentada en el sillón que se hunde, y me siento en el otro sillón, Rachel se levanta, hasta que el espejo refleje tan sólo su figura. Debería tapar o emparedar el espejo. Es insoportable cuando alguien se entromete incluso en el propio espejo.

JANE: Cierra la ventana, querida, hay corriente. El tiempo está empeorando. Es agradable ver el inicio de un temporal. Ahora Ursi ya no vendrá a buscarnos. ¿No encuentras que recibimos pocas, poquísimas visitas?

RACHEL: Puedes decir que no recibimos absolutamente a nadie. Ursi dentro de poco dejará de venir. Se ha dado cuenta de que soportamos de mala gana su presencia. Por otra parte hace tiempo que sólo nos atendemos a nosotras mismas. Y bien que nos va.

JANE: Pero también me gustaría hablar de los demás. Te describiré a Ursi y así la liquidamos de una vez, la última visita:

«El rostro de la pelirroja estaba hecho de líneas aplastadas salvo los ojos basedowianos, la nariz inexistente, con dos agujeros anchos y grasientos, y la boca, aunque parezca extraño, era la imagen de una boca rojo cereza, pequeña y obviamente voraz; debajo una mandíbula redondeada, con una ligera pelusa oxidada, un cuello largo, la espalda ancha, los brazos cortos, las manos: esto, las manos eran en verdad bastas, los dedos parecían prematuramente cortados, burdos, anchos y sólidos, manos de asesino, para emplear una frase hecha. Y quizá de idiota también. No es que un asesino sea idiota, por favor, pero se dice que ciertas manos extremadamente bastas las tienen los que cometen delitos sexuales, en el campo, y que son un poco idiotas. El cuerpo era una caja ancha, sólida, con dos músculos delante, y en medio de la barriga un ombligo mal cortado, el nudo le quedaba hacia fuera y parecía una doble nariz, sin embargo, tenía dos piececillos graciosísimos, delicados, cándidos. Yo le habría agarrado los piececitos con unas tenazas y habría mordido aquellos deditos gordinflones, el meñique también, un tanto contrahecho por los zapatos estrechos. ¡Ah!, aquel bultito del meñique no era un

callo, le había crecido de la molla, se trataba solamente de una protuberancia que hacía que el dedo pequeño del pie pareciese una pelotita de carne, una cebolla pegada casi por *charme*.

»Ursi se cortó un ribete de grasa que permanecía por sí solo en pie».

RACHEL: Tengo la impresión de que han llamado.

JANE: Sí, pero nosotras no lo oímos.

Jane y Rachel se arrastran de pretexto en pretexto. Un extraño viéndolas por primera vez no distinguiría una de la otra, y las distinguiría menos aún si las observase. Son más o menos de la misma estatura, Jane ha crecido estos últimos meses; el crecimiento de Rachel, por el contrario, se ha detenido. Botvid tenía miedo de que Rachel se quedase pequeña, la niña también lo temía, de la misma manera que temía ser la imagen disminuida de la otra. Las dos imágenes similares vagan por la casa y el jardín midiéndose mutuamente. Botvid teme muchas veces verlas inmóviles ante sí.

RACHEL: A lo mejor el que nos parezcamos tanto se debe a los ejercicios de imitación que hacemos.

JANE: De este parecido sacaremos provecho. Por otra parte, al tener esta semejanza tan cerca, no podemos evitar hablar de ella, o simplemente observarla con atención. Con la excusa de que una cosa se parece a otra nunca se destruye nada. Porque cada recuerdo al surgir en la memoria se transforma en la sustitución de aquello que se recuerda. Yo misma no sé recordar, para mí el recuerdo es un préstamo. Nosotras pensamos como de prestado. Si ha de ocurrir alguna cosa tampoco estará lejos un día de otro. Quizá nosotras jamás seamos algo. La sola idea de que se pueda ser algo me asusta. Prefiero las cosas que al tiempo que nacen se acaban.

Yo, señores, podría elevarme de entre la gente y decir: yo soy lo que parezco. La niña que me acompaña es mi imagen, en la trastienda hay otros seres igualmente semejantes. Sin embargo sabría frenar mi elocuencia, porque mirando a la gente que me escuchase vería que sus rostros no son distintos del de Rachel. A Rachel misma, confundida entre la gente, no se la reconocía. Es el poder de la gente, el poder de la humanidad y el poder de la

identidad. Por lo tanto, hermana, permanezcamos entre nuestras cuatro paredes para no salimos del modelo, ajustémonos la una a la otra y volvamos sobre nuestros pasos. Un intercambio de similitudes podría ser letal para nosotras. Tú eres mi ejemplo disminuido frente a otras dimensiones, prefiero callarme.

Aquello que se ha agigantado me ofusca la mente, lo que se empequeñece puede abarcar todas las dimensiones. Casi como un juego de pulgas. Y en ese juego vemos el transcurso de nuestros días.

En pocas palabras nos asalta un montón de similitudes, y cuando todos estos montones estén archivados en una perfecta semejanza, quizás entonces nos daremos cuenta de que no existe ninguna huella de auténtica similitud. Y será un día glorioso. Borrar las huellas, el origen perfecto. ¿Cuándo? Jamás.

BOTVID: El peligro es que dejamos demasiadas huellas —y no es tan sólo mi enorme mole la que me hace decir esto. Las significaciones son muchas veces excesivas, cuanto más se avanza hacia la higiene más se solidifica todo para los que nos sucedan si no se desaparece poco a poco, uno a la vez metódicamente, empezando tal vez por mí, gracias a Dios estoy ya a un paso de la tumba, ya muchos de mi generación se han marchado, y también vosotras, queridas mías, os iréis. Comprendéis, no encuentro el momento de ser sepultado, no sé por qué pero por nada del mundo alargaría mi vida. Es cierto que economizo mis esfuerzos, cierto que me reservo, pero sólo lo hago para degustar mejor mi propia muerte, quiero estar terriblemente sano ese día. He pensado tantísimas veces en el momento de exhalar el último suspiro, y me duraría mucho más de un segundo, y, después, yo mismo me cerraría aún en vida los ojos, contendría la respiración y en el esfuerzo me fallarían las fuerzas. Parece una situación poética, aunque os riáis, pero es mi sueño predilecto. Lo más extraordinario es que no me ocurre nada, sólo un gran bienestar que me hace caer en la tumba, en la tierra, y después oscilo, porque los demás muertos me hacen sitio. Al final me hallo bajo tierra.

¿Qué es un hombre loco?

Durante aquellos días las dos visitaron a un pariente, mientras se preguntaban qué era un hombre loco. Murmuraban también: un loco recoge en su persona varias o demasiadas similitudes, y éstas brujulean sin hallar su modelo. Pero ¿cómo se puede pretender la corrección del modelo? Acercándose a las habitaciones de estos hombres singulares, ambas sentían cierta curiosidad, distraídas por la bifurcación del sendero. Por una parte, al fondo, había un patio rodeado de una tapia; por la otra, una fila de hombres que paseaban.

En el centro, un árbol corpulento arrojaba una sombra sobre un campo de tenis. En la simetría de este paisaje resaltaba el rojo oscuro con líneas blancas. Dos formidables tenistas se dedicaban a seguir la pelota. Las dos visitantes miraban de izquierda a derecha el juego.

—¿QUÉ ES UN HOMBRE LOCO?

¿Qué es un hombre loco? Rachel y yo nos lo hemos preguntado a menudo. Cuando fuimos a verlo, en la gran casa colonial, hemos visto a muchos. Algún viejo babeante esperaba el crepúsculo. Al principio no lo reconocíamos, y los otros, y quizá también él, nuestro loco heredado, un pariente, nos venían al encuentro saludándonos, creyéndonos también ellos sus parientes. Con Rachel me acercaba al que más se asemejaba a él, me acordaba de las orejas puntiagudas y lo saludo afectuosamente, el loco amaga una media inclinación y enseguida quiere saber si soy Rachel o Jane y si lo reconozco. Porque un amigo suyo, que duerme desde hace quince días, le contó algo acerca de dos muchachas idénticas como dos gotas de agua, y él se quedó perplejo de que pudieran existir dos semejanzas tan espantosas, que hablaran con la misma voz y que dijeran las mismas cosas y tuvieran las dos un ligero defecto en las orejas:

—Eh, también yo, muchachas, soy como él, eh, no exactamente, también yo tengo mis rasgos peculiares, pero los sé ocultar, y cuando los borro con un tremendo esfuerzo de voluntad, ayudado por la voluntad bestial de vuestro pariente, creo que llegamos a ser iguales, hace quince días que no duermo, hermanas, él consigue para mí toda la vitalidad necesaria para vivir con su sueño. Qué bruto. Basta esforzarse un poquitín para poder dividir en dos la propia vida, dentro de algunos días yo caeré inanimado, muerto en la celda y me ausentaré quince días, volved vosotras y podréis volver a verlo. Adiós, realmente sí que os parecéis…

Abajo, en el suelo, como si quisiese enterrarse por sí sola, o ensuciarse en el fango, una niña de cabellos rojos jugaba. Era la más pequeña de los huéspedes, y creo que también la más pequeña del género humano. Poco a poco, arrastrándose como un anfibio, nos contó la historia de su vida:

—Como veis, visitantes del exterior, ésta es mi morada. Mi habitación está allá arriba y desde allí veo a todos los que están dentro. Son treinta y cuatro. Desde allí sonrío cuando los veo. Se puede decir que los conozco a todos desde que nací. Si necesitan cigarrillos, *whisky*, u otra cosa, se lo traigo yo. Mi memoria es tan tenaz que me acuerdo de todo lo que quieren. Para mí supone un gran placer poder satisfacer sus deseos, que en general son modestos. A mí, digo yo, no me causa nadie placer, sólo la tierra con la que juego. Y que ellos pisan. ¿Habéis jugado alguna vez con la tierra? Tened cuidado. Yo me mezclo en los asuntos de los demás y también en sus pensamientos. Muchas veces me escondo debajo porque me avergüenzo de sus secretos. ¿Sabéis una cosa?, yo soñaba con ser loca, grandiosamente loca, como un rayo. Mi tara, que es hereditaria, me lo ha impedido. Ellos, que tienen la suerte de ser locos, inmunes a la tara hereditaria, no lo reconocen.

Jane resume un viaje:

—Me había llevado lo mínimo indispensable y bajo el brazo aguantaba una cartera con los mapas. Pasaron horas interminables, la orientación se movía continuamente y se perdía de vista, en zigzag, dando vueltas. En mi mente había trazado una línea clara del mundo: un agujero, el agua, la veta. En la mesa seguía el itinerario y veía moverse la montaña. Deseé establecerme en cualquier parte, llevada por aquella montaña. Y tener frente a mí tan sólo el vacío, que en mi mente, preveía, podía darme únicamente un paisaje. Una condensación de azul, aire y lejanía. De vez en cuando un batir de alas, aunque quieto en el cielo y después desaparece.

Rachel estaba escudriñándome cuando me di cuenta de que perdía mi intuición, ha sido un momento humillante, aunque también glorioso. Acababa de regresar de aquel viaje con la sensación de haber comprendido, me veía en el espejo radiante e iluminada. No fue después de aquel viaje, era tan sólo ayer cuando regresaba de mi paseo, estaba menos radiante de lo que parecía. Tenía la impresión de que en todo momento me acompañaba alguien, de hecho, había salido precipitadamente de casa porque me sofocaba. Después aquí, entre cuatro paredes, la configuración del todo, esto es del equilibrio entre personas tranquilas, quedaba comprometida. Rachel —hiena— interceptaba todos mis pensamientos. Y yo cedo a las interferencias. Cedo. Estaba, no estaba, estaba en manos de aquella maldita que no me quitaba los ojos de encima y que quería que le contestase. Esas preguntas tan directas y nocivas para mi estabilidad. Eran momentos en que me arrepentía de todo, no hacía más que pedirle perdón por todo, me sentía terriblemente asustada, desarmada, pedía a Rachel con la

cabeza gacha que me diese tregua, un momento tan sólo. Un pequeño instante de soledad por lo menos. Estaba con la cabeza entre las rodillas y ella se guardaba muy mucho de darme una patada o de echarme, siempre tenía que darle un significado a mi vida, un mínimo significado, y justo es ese mínimo significado lo que yo no le perdono, bastaría una pequeña cosa para enviarlo a la papelera, a cualquier lado, pero no aquí, ella quiere que yo haga uso de ese mínimo significado que poseo y además pretende ver cómo lo hago, ver cómo lo utilizo. Naturalmente también hay algo de utilidad para ella, que consistiría no en acabar con mi vida, sino en disponerla para hacerla resistente, como suele decirse, y después ella, la hermosa, a pequeños pasos se lanzaría sobre lo que ha alimentado, cebado. Y esto, ¿a quién le gusta?

JANE: Rachel dice que yo era de constitución casi perfecta porque cuando nací daba la impresión de que quería volver atrás. Este movimiento de oscilación me ha llevado frecuentemente de la mano.

JANE: ¿Una referencia de qué nace?

RACHEL: De lo que se escucha decir. ¿A quién? A aquellos que no han dejado rastro alguno.

Dejar las cosas como están, que el desarrollo de la multiplicación siga su curso, aunque nazcan de cada ser seres cuadriplicados. De la intercambiabilidad de los hombres ya te he hablado, ya conoces la cadena, las distracciones, la sobreposición, sabes que un hombre esconde a otro, que otro borra al siguiente, que el siguiente se pone por encima del otro, que otro se muere, las semejanzas en general, los colores promiscuos, etcétera.

JANE: Cuando nació el primer hombre; nacían también el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto. No nacieron. Ellos hablan desde siempre. Una fila continua de supervivientes. ¿Dónde estará el último? Es al de en medio al que busco, ciertamente está disperso,

entre los primeros y los últimos. ¿O es quizás una incapacidad de orientarse? El orden en el desarrollo de los acontecimientos trae con frecuencia el desorden en su orientación. Botvid, controla: ¿cuándo ha ocurrido *la mayor* desgracia de estos tiempos?

RACHEL: Una tarde encontré al hombre metódico. Paseaba entre los árboles y de vez en cuando miraba hacia arriba. En el cielo, densas nubes escondían la luna. Había dejado abierta la ventana de mi habitación y desde el sillón seguía la sombra del desconocido que se reflejaba en la pared. Cuando el hombre se paraba en medio del camino veía su perfil. He reflexionado muchas veces sobre su historia:

El hombre metódico

—Es una tarde tranquila. Resulta agradable pasear solo en la noche, escondido de todos. Tengo que adquirir la costumbre de venir todos los días por la tarde a este rincón desierto. Hasta hace poco me dedicaba todavía a esta hora a los inventarios. Durante toda la vida no he hecho otra cosa más que inventarios. Un poco más y ya me pondría a contar estos árboles, once, doce, más allá otra docena, más adelante están más tupidos, Dios mío, si es un bosque. Hacía años que no veía un bosque. Cuando era pequeño le temía al bosque, efectivamente, apenas tuve uso de razón me instalé en una ciudad con pocos árboles, sin parques, con un poco de césped, justo para darle color. No he hecho nunca excursiones, sobre todo jamás a la montaña, porque tenía miedo a las pendientes, a la altura, y no soportaba la visión del hielo. Resumiendo, en una visión de conjunto, me doy cuenta de que le tenía miedo a todo, a todo lo que concierne a la naturaleza. Jamás le he tenido una particular afición al mar, ni a los paisajes marinos, sobre la arena no podía caminar a gusto y sobre las rocas resbalaba. En realidad, lo que no soportaba es todo lo que me producía una sensación de horizonte. Naturalmente estoy condenado a una visión limitada. Quizás esto se deba a que en mi trabajo me vuelco totalmente, soy un auténtico experto en mi especialidad. Desde que era pequeño mi padre decía que no hace falta mirar a lo lejos, sino que tan cerca que casi lo que tenemos al alcance de la mano se nos escapa, es necesario agarrar tempestuosamente lo pequeño, lo menos que pueda abarcarse, y sobre ese poco montar nuestra vida. Mi padre tenía una gran

empresa maderera. Aprendí pronto a contar las toneladas de madera, que justo tenía al alcance de la mano. Casi podía contar la cantidad de polvo que se formaba en la serrería. Era talmente impetuoso que a los dieciocho años mi padre me colocó en la empresa. Cualquiera se habría sentido orgulloso. Yo no tenía tiempo. No he tenido nunca tiempo para estas cosas ni tampoco para atender a mi propio carácter. De la mañana a la noche, y por la noche, había un padre que decía al hijo: «Sé impetuoso». Si yo hubiese sido de carácter flemático, me habría preguntado si estaba contento, pero realmente nunca me lo pregunté. Y no lo sé, no podría saberlo, porque habría sido inútil preguntármelo.

Y con los años aprendí que todo aquello por lo que preguntase no estaría al alcance de la mano. Me he visto obligado a hacer trabajar mi mente para poder imaginar aquello que quedaba lejos de mí. Porque, según el padre, todo lo que está al alcance de la mano incluye el resto. Esto es, todo.

He sido siempre objeto de reprimendas. Mi persona posee aún hoy la marca de quien ha recibido severas reprimendas, además me da la impresión de no haber tenido jamás aspiraciones. Soy muy temeroso, se me nota en la cara, casi no saludo a las señoritas que conozco. Ahora que dispongo de más tiempo, en vista de que ya no está el padre, podría dedicarme a ellas. Pero ¿cómo hacerlo? No estoy satisfecho de mi persona, de mi voz, me río mal, justo cuando no debo, me doy cuenta de que debo dejar de reír cuando veo que la señorita O. T. está seria y me observa pensativa. ¿Por qué me mirará tan pensativa, no creerá que…? Yo río, reía simplemente por el placer de hablar con ella. Desde hace unos días río con mucha frecuencia, por cualquier cosa.

El contable me ha traído unos papeles que debía firmar y me he echado a reír. No me río cuando me siento delante de un pedazo de madera. Me pongo lúgubre. Entonces me levanto y telefoneo a la señorita O. T. Las mujeres, me digo a mí mismo, y nada más. En la vida tratamos unos temas con más tenacidad que otros y creo que las mujeres son las que dan más posibilidades de tema. La señorita O. T. ha naufragado por su carácter melancólico y por ello se presta a

salir conmigo, lo hace casi para deprimirse del todo, hay en sus ojos un brillo especial cuando está frente a una situación sin salida. Una cara triste o aburrida la consuela, aunque no la alegra. El equilibrio perfecto de esta criatura llega a interesarme. Un ejemplo práctico: una habitación sucísima, no tiene ningún atractivo para ella, pero en cambio una habitación ordenada, con una capa de polvo, el olor de una colonia de lavanda maloliente, ligero, diluido, que persiste después de haber vaporizado el ambiente, esto sí que le provoca un moderado entusiasmo. Una sana mediocridad, con trucos económicos para subsistir y de poco resultado. Siempre algo ligeramente rancio, no completamente podrido, parcialmente, eterno, dolorosamente eterno. Pero que no sea nunca demasiado.

Una vez me hablaron de un médico conocido, para que lo consultase. Por aquí se suele dar un poco de nuestro tiempo a estos impagables seres que escuchan. Así pasé aquella única tarde. Me visto de modo particularmente elegante, casi rebuscado, un pañuelo de color chillón en el bolsillo para dar una nota de alegría, no vaya a pensar que tampoco los colores me gustan, un traje de buen corte, un poco pasado de moda, un viejísimo *tweed* a cuadros, quedaba entre el propietario agrícola que soy y una persona casi original. Podría decirse que estaba prevenido, pero no era así. Aceptaba de buen grado una compañía pagada. Por otra parte siempre me ha gustado adecuarme a los demás. Toco el timbre y me abre una bella mujer. Eso ya es una buena señal. La casa es digna de un buen profesional que tiene una buena renta anual. Me encamino a través del pasillo con cierto aire de fiesta, entro en el estudio, se me saluda cortésmente, me acomodo, cruzo las piernas, lo observo, él me escruta, noto que ya me está estudiando, ya debe de tener una solución. «Bien», digo. (Me pregunto si le interesará saber que no tengo problemas económicos). Dice que no. El dinero no lo es todo, precisamente es insuficiente. Aquí aprovecho para decirle: «Precisamente es de ciertas insuficiencias de lo que quiero hablarle». Me digo a mí mismo que es el momento adecuado para hablar de ellas, pero se me escapan. Ahora empiezo a observarlo mejor. Va vestido como un auténtico profesional, tiene cara de estar cansado,

gestos lentos, ojos inquisitivos, gestos frenéticos, habla rápidamente, no le sigo, no se repite, se levanta, se sienta, fuma, calla, quién sabe la vitalidad que posee. Le pregunto si es comprensivo. Los ojos inquisitivos se dulcifican, se vuelven de perro fiel. Me fío, me levanto y le estrecho la mano. La comprensión es una gran cualidad. Es muy fácil hablar con alguien a quien después se le ha de pagar. Ve usted, me gusta, si tuviese que pensar que usted pierde el tiempo por oírme no estaría a gusto. No he pedido nunca favores a nadie. Ahora dígame, que se hace tarde, ¿qué me aconseja? Mientras gozo la quietud de su despacho, fuera oscilan las petunias, como en Finlandia, un cielo limpísimo colorea las ventanas, él habla, habla, se informa, me interroga, hombre perspicaz, animador de almas, también sabio en el momento de trastornarlas. Tengo dudas, doctor, una duda arrastra a otras, una confesión hace pensar en otras, las cosas llevan a otras, hasta que hablo de lo demás. El continúa hablando de otras cosas. Admiro su calma, la sobriedad de sus gestos, la seguridad en la discusión y su imprevisto y pensativo silencio; me distraigo, mi voz ya no se oye, él habla de cosas alejadas de mí, tengamos temas más próximos, más cercanos a mi persona, no me veo capaz de reflexionar sobre lo que dice, debería leer libros, se lo ruego, lleguemos al punto importante. Lo habrá entendido, y nuevamente hablo yo solo, soy favorable a un método, una inepcia cada vez, no quiero que me den grandes explicaciones, quizá debiese consultar a un mediocre. Me falta temperamento para las cuestiones importantes, él sigue divagando… Es retorcido…, testarudo. El doctor G. era pariente mío, sus argumentos eran inagotables. Decía que la naturaleza es chistosa, yo la he expulsado. Por lo tanto no soy chistoso.

DOCTOR: Usted debe reencontrarse a sí mismo.

CLIENTE: Es precisamente lo que no quería oírle decir. ¿Cómo puede aconsejar que uno se encuentre a sí mismo, que encuentre algo que en realidad no tenemos y que de todos modos ese sí mismo ya se ha preocupado de encontrar a otro y se las arregla para nacer y morir cuando le da la gana sin que lo sepamos? Ese sí mismo perdido, ya que usted insiste en reencontrarlo, ¿dónde y cómo se

habrá perdido? ¿Seremos tan humanamente potentes nosotros? Nosotros no hacemos desaparecer nada, incluso lo que ya hemos perdido sobra. Además, aparte de cuáles sean nuestras intenciones, creo que es la última cosa que quisiéramos encontrar. Ha llegado el momento del juicio y de que usted me ayude a irme con quizás una última frase significativa que me quede grabada en la mente. Tengo la impresión de que no soy el único aquí que la escucha, otros hombres como yo están sentados esperando el momento adecuado de irse. Se ha hecho tarde. Yo por mi parte me quedaría más tiempo, aquí todo es muy confortable, el timbre persuasivo de su voz acompaña mis pensamientos. ¿Qué importancia puede tener lo que diga? Ahora se levanta la sesión, la visita se ha acabado. Mis problemas también se han acabado por esta tarde. También yo me siento un poco acabado, incluso el médico, al resumir el cuadro de sus opiniones, parece un hombre acabado. Algo se ha esfumado en el aire de la habitación después de haber estado hablando. Me guardo el pañuelo de colores en el bolsillo, ya no sirve para nada, también el color se ha difuminado. Decidido, me levanto. Gracias. Pago enseguida, gracias. Rápidamente vuelvo a la serrería.

II

JANE: Sobre la mesa de *bridge* extiendo la baraja de setenta y ocho cartas. Setenta y ocho la locura, setenta y siete un gran éxito. El fuego indica claridad, el cuadrado de la estrella luminosa se apoya sobre el obelisco, el agua corre entre dos columnas, en el inicio las bestias reposan, el círculo del obstáculo no está atravesado por la traición, un retraso fatal está sembrado de líneas transversales, el oro está mezclado con la cruz, las penas acaban en un triángulo partido por la mitad, la carta reúne el nacimiento y la caída, el pasado son vasos de oro, el porvenir un campo de oro sin señales, el aburrimiento cuatro copas de oro, el amor son dos cálices de oro y dos serpientes cuyas cabezas están a los lados de la llama, las lanzas son los sollozos, los accidentes, las experiencias, el camino, la pérdida, el pésame, la soledad, la lejanía, la amistad, las espadas se entrecruzan, lo falso está en el mismo campo, l'Extrême espada gigante está vuelta hacia lo alto. Los círculos. Efecto y duplicidad, inquietud y dinero, la ambición y el presente, los diablos, el vacío, las alas, la columna, la fuerza mayor, el juego en el círculo entre el hombre y el ratón traerá debilidad. Sobre un tronco de árbol un mono con un manto rojo espera, la corona sobre la cabeza y una espada liviana, observa el juego. Yo miro las cartas. Más círculos, el ratón no deja de correr. La inscripción se deshace en el agua, una media luna, dos estrellas, un huevo, dos grandes serpientes han dejado caer el huevo en el agua, dos vocales y dos consonantes, otra serpiente tiene entre los dientes un volátil y un bastón se abate sobre todo.

Una carta lleva a otra carta. Si se las cambia de posición cambia

su sentido, si alguna cosa tenía significado ahora desaparece. Sobre la mesa reina la confusión, los signos están trastocados, se burlan de la gente, se burlan de las cartas. Los signos poderosos se aúpan en el aire, aunque ya está muerto el juego. Jane se absorbe en las cartas. «Sólo el lenguaje práctico de una echadora de cartas puede explicarme el juego. La luz de sus ojos cuando me hable de la muerte, del engaño, de la locura, y cuando su mano toque una carta significará que existe un obstáculo. El círculo colocado sobre una línea, otra línea que lo divide, y las otras líneas caen. Caen. La quiromántica me escruta sin la mirada interrogativa y en ese momento nos sentíamos fundidas en nuestro diálogo por una extraña amistad. Le agradezco el obstáculo, ella a mí por habérmelo enseñado. No hay dudas en la apariencia. Yo misma puedo verlo. En un gran templo se ve la miseria. La excitación de los malos acontecimientos. Espere un momento no se vaya aún, los acontecimientos adversos. Venga a verme pronto. La echadora de cartas me mira y sonríe dulcemente».

Jane no entendía aquellos signos, le parecían de pronto insignificantes, aunque fueran tan explícitos y pudiesen ser presagios, premoniciones, ya los tomaba como recuerdos, lejanos a su existir. Cuando entró Rachel gritando casi sin resonancia, Jane hablaba sola, sentía los pasos de la hermana que se acercaba y se asustó.

JANE: Estaba agarrada a los tubos, y los tubos estaban agarrados a sí mismos.

RACHEL: Perdóname querida, debo haberte molestado, me parece que estás cansada, ¿no te encuentras bien, quizá? Botvid quiere saber si hoy también vas a ayunar.

JANE: Quisiera té, bizcochos y un zumo, gracias.

RACHEL: ¿Y la manzana?

JANE:… aún queda el refugio del último escondite.

RACHEL: Cierto, pero naturalmente hay que encontrarlo. Presunción, sólo presunción.

JANE: Procura tener menos expresión en tu rostro, tu visible desprecio es demasiado evidente, cálmate.

RACHEL: No ves que contengo una sonrisa, mi cara está inmóvil, ¿de qué escondite estamos hablando? ¿O acaso prefieres jugar al escondite o a pedir puntos de vista? Puedes llamar a Botvid, siempre está a punto para ser solicitado, como muchos.

JANE: Botvid sólo sirve para hacer la cama y servir.

RACHEL: Me gustaría poder hacerlo yo.

Rachel tira las cartas.

RACHEL: Pues bien, te han hablado del pasado y no se te ha permitido el futuro. El oráculo canta. Hay quien busca la buena estrella, hay quien sabe que la tiene y cuantos la han perdido. Tú creías que te seguía el ángel. Él es quien habla, él es quien está de tu parte. (*Bruscamente*). Ahora no quiero hablar. Es como si no existiese. Hablemos sólo de ti, me ocuparé sólo de ti, quiero ver adonde podré arrastrarte. Te gusta, verdad, que alguien se aproveche. Hacerle el juego a otros. La echadora de cartas no ha entrado nunca en casa. Nadie de fuera ha venido a buscarte. Ya no sabes con quién hablar. Y a menudo crees que hablas sola. Es justo al estar sola cuando te engañas tan fácilmente. Ese poco de engaño te hace feliz. En realidad, todas las apariencias te gustan. La apariencia es la gran prueba, es el resarcimiento de todas las enfermedades.

JANE: Está hablando Rachel, tengo que escuchar bien porque no capto lo que dice y no es la primera vez. Tampoco ella escucha cuando hablo yo. Por otra parte también esto es una manera de conversar. Un conversador, por ejemplo, es alguien que de improviso se agarra del brazo de alguien y, con una memoria tenaz, se acuerda de lo que quiere decir, se alarga en particularidades, entonces yo dije, él dijo, se convierte en un monólogo de exactitudes no requeridas, me olvidaba decir, sin olvidar aquella pequeña

anécdota que tanto hizo sonreír a X, él mismo aún sonríe, y qué grotesco resulta tantas veces lo mismo, sin olvidarse, claro, de aquello que, hablando de otra cosa, le vuelve a la memoria. Un volver a los orígenes de cualquier charla. Perdone, pero ¿por qué le he contado esto? Quizá porque pasando por esta calle he visto un maniquí que ocupaba todo el escaparate, con las piernas abiertas llevando unas medias, perdone, pero ¿qué hora es? Precisamente ayer comentaba con la señora Harro, sabe…, me ha regalado un estuche para el tabaco…, la cantidad de coleccionistas que hay en el mundo. Con las analogías no se acaba nunca. Resulta un argumento inagotable. Bueno, ¿y por qué las medias y el estuche de tabaco?

Una noche entré en el cuarto de Rachel mientras dormía, inmóvil, con una inmovilidad que habría sorprendido a quien no está acostumbrado a darse cuenta de lo que quiere decir estar fuera del mundo, la toqué incluso, nada, no respiraba, he abierto la ventana, estaba devorada por el sueño, le hablé, no se despertaba, incluso Botvid se mostraba inquieto puesto que dormía desde hacía mucho tiempo; durante el día nadie la había visto, pero no habíamos reparado en ello. También por una forma de respeto, los durmientes son tan respetables, talmente alejados de nosotros. A menudo, Rachel se va a dormir y yo me quedo despierta de envidia, espero. Botvid duerme normalmente, sus horas y basta. Se había creado una competición de sueño. Sueño 100. Sueño mastodóntico. Sueño inalcanzable. Hay quien habla de la vigilia, pero no hay sueño más grande que la vigilia, y viceversa quizá. Bah. Definiciones agotadoras. Rachel mantiene su cansancio con un dormir categórico. Yo por desgracia arrastro mi duermevela como algo que pesa bajo el brazo, como un deber, una bolsa, como algo que deba recogerse en cualquier momento. Empezaba a notar un síntoma cercano a la fatiga, pero no era suficiente. Cuán lejana me resulta aún. Cuánto me gustaría arrastrarme cansada, aún más cansada hacia la gran fatiga.

La durmiente responde: ríe.

Una mujer con temperamento

Botvid tiene un cajón lleno de cartas, algunas no parece siquiera que se las hayan mandado a él: quizá tuvieron algo que ver con él, por un tiempo:

UNA MUJER CON TEMPERAMENTO

Querida señora:

desde hace unos años escucho de muy buena gana las historias de los demás, después aprovecho para contar mi consabida historia, pero también las historias de los demás son una única historia. Sus memorias están tan impresas en mi mente que ya sueño. No tendría que colocarme frente a la máquina de escribir y copiar todo lo que he oído sin dejarme nada. Casi querría apropiarme de la vida vivida por usted como mía, mío su matrimonio, oh, señora, permítame que le diga que jamás podría haberme conmovido tanto como con aquel encuentro tan romántico en aquella plaza de una ciudad porteña, del que usted me habló. Lo que he oído es tan…

Quizá mi carta y la vehemencia de mis sentimientos la sorprendan, probablemente sea necesario que usted sepa algo de mí. También yo encontré, hace tiempo, a alguien que me trastornó. Estaba literalmente absorbida. Ve usted, yo me pregunto si en la vida he encontrado algún hombre, un hombre auténtico. Con este grave punto interrogativo no dudo en echarme en sus brazos. Puede

decirse que mi mayor placer es equivocarme. Quizá sería más justo decir que no he encontrado jamás a hombres. He aquí el dilema. En mi cabeza me repito ese jamás, y jamás y después jamás, y después, no sé qué me ocurre con exactitud, me siento (sé que lo estoy) trastornada de nuevo. No me resulta fácil explicar ciertas cosas. Podría dar varias versiones. Creo que existe una maldición sobre nuestra familia, los hombres en mi casa no valían nada. Si tuviese hermanos serían unos depravados. Podría decir también que mi padre era un hombre noble, un militar rígido y de principios. Podría contarle tantas cosas sobre mis generalidades. Pero en cuanto empiezo a contarle algo aparece un hombre que me cierra el camino. Me para, yo acelero el paso, reflexiono un momento y enseguida pienso que sería mejor volverme. Hubo un tiempo en que encontraba a los hombres entre los amigos, o bien entre los hijos de los padres que conocían a otros padres y así. Hoy es distinto. Pero nunca, señora, se lo juro, nunca estaría mucho tiempo con estos hombres. Nunca, le parecerá excesivo. A mí también.

Mientras acelero el paso mil contradicciones me atormentan, son ellos, esos hombres, los que me hacen vacilar, basta con que uno de ellos me dé un pequeño empujón en la espalda para que desaparezca ese instante de duda en el que pensaba si volverme o no. Así continúa mi vida.

Suya.

«Toda la belleza de la vida parece olvidada y en el mundo no hay más que ruinas». Una bochornosa añoranza arrastra a Jane hacia una modorra en la que Rachel no participa.

JANE: No es por ti, rubia hermana, por lo que hablo de angustiosos episodios, no es por ti, compañera constante en esta casa, por lo que escondo mis pensamientos y me escondo, sino por otra hermana, tan cercana como tú en este momento. La otra, salvaje, la sigo sin moverme, sin hacer un gesto, controlo mi paciencia, espero inerte. Me sé inexistente y espero.

RACHEL: ¿Y qué importancia tiene?

JANE: Ninguna, pero deja que hable así, ¿pero crees realmente que esto pueda importar más o menos?

RACHEL: Era sólo para interrumpirte. Creo que quieres hablarme de lo estático, lo que dices me lo sé de memoria, nuestros viejos juegos se vuelven aburridos. Tus temas: el tiempo, el placer, la nada, sólo yo te sigo, sabes que nosotras nos destrozaremos la una a la otra, como todos los demás. Yo ya no tengo ganas de salir, ¿y tú?

JANE: ¿Para ir adonde?

RACHEL: ¿Por qué está Botvid mustio?

Querida Rachel:

¿te acuerdas de aquella chica rubia que nos encontramos por la calle hace unos meses? Se había acercado tímidamente a nosotras preguntándonos si había cerca un teléfono. Parecía una chica de buena familia, y nosotras estábamos a dos pasos de casa. Lo que me da que pensar es que ni siquiera se nos pasó por la cabeza invitarla a subir, charlamos un rato y ella demostraba poseer cierta gracia. Y cuántas veces hemos encontrado a gente así. Pocas. Pero todas las veces las hemos evitado. Por una causa o por otra hemos perdido el contacto. Y esto me entristece. Tú sueles cerrarle las puertas en las narices a quien sea. ¿No piensas alguna vez en lo que harán todas esas personas? Porque tú, como yo, las has observado bien, se te han quedado grabadas en la memoria, y volviendo a casa aquel día tú estabas pensativa y de mal humor. Extrañamente ocurre que sentimos cierto afecto hacia estos desconocidos cuyas facciones, lo sé, no hemos olvidado. Tú los has llamado nuestros grandes desaparecidos.

Quizá permanecerán durante años encogiéndose entre los muros de la casa, la vida de ambas transcurre en la cotidiana monotonía. Ningún hecho digno de mención ocurre, y qué puede decirse cuando no ocurre nada, aunque, diría Botvid, quien ve casi retroceder sus pupilas, Botvid cree que debería controlar la situación, pero ellas se le escapan, se detestan, ya no soportan la luz, en la casa reina la oscuridad, más desorden, el jardín está absolutamente descuidado, a Botvid se le ha prohibido salir. Las raras veces en que Botvid logra salir de la casa es observado con

extrañeza. Todos empiezan a sospechar. «Hace meses», preguntan, «que no vemos a las señoritas». ¿Acaso desaparecen Jane y Rachel? (Se hallan indispuestas). Lo sentimos, ¿acaso se venden la casa?

Ya se han presentado posibles compradores atraídos por la óptima situación, quieren ponerse de acuerdo con Botvid.

En similares condiciones hay una casa casi abandonada, un muro la rodea y dentro en el jardín un perro ronda arriba y abajo, es la casa del viudo. Muy reacio a conocer gente, muy reacio a dejarse ver, este hombre sale muy poco, pero recibía las visitas de Jane. Por otra parte a quién si no a un solitario podría haber visitado Jane. Había logrado mantener oculta esta amistad durante varios meses. Con las cosas que pasan por el mundo y que se leen en los periódicos, Botvid estaba asustado. La niña sugería siempre posibilidades excesivas, sin embargo, Botvid ahora no podía dejar de sonreír pensando en las citas del viudo con Jane. Después de un primer momento de sorpresa, Botvid acababa siempre de acuerdo con sus pupilas.

El inquilino de la casa de al lado

Hace tiempo que no tenemos noticias suyas. Parece ser que se ha ido, quizá para siempre. Rachel ha recibido varias postales y una agenda que va dirigida a Botvid.

Botvid abre el cuaderno y lee:

«Encuentro inútil ponerles fecha a estas notas.

»Aquellas dos, una vez más, aquellas dos, la más pequeña me ha acompañado un trecho del camino, ¿estaría esperándome? Me he despertado por la noche y me estaba hablando, la otra mañana hallé un dulce en la mesita de noche, la pequeña se hace notar. No vi cómo iba vestida. Me hace ver cosas que no existen. Se sentó sobre mis rodillas. Dijo que había soñado con un asno que huía, me regaló cordones para los zapatos. Dice que ella necesita compañía. Insistía en que nadie lo sabía. ¿Quién tiene más necesidad de compañía que un viudo? Pero no me trataba mal. Me he permitido regalarle un perfume. Se ha puesto trajes de mi mujer. Hace años que soy viudo y sufro de melancolía. A menudo cambiaba la fotografía de mi mujer por la de otras mujeres. Me preguntaba quién era mi mujer, cuáles eran las mujeres que yo deseaba. Mi mujer tenía el pelo muy negro, las cejas bajas y muy juntas, tenía dos grandes ojos negros, Jane corregía las cejas de mi mujer, le abría desmesuradamente la boca con las tijeras y le cortaba la nariz, cogía prestadas otras narices, otras bocas y dejaba siempre los ojos de mi mujer, que me miraban con bondad, con protección. A Jane le gustaba este trabajo manual. Jane me preguntaba si aquellos ojos negros me daban una sensación de seguridad. Yo tenía cajas llenas de fotografías de mi

mujer. No quería olvidarla. Jane me transportaba gradualmente hacia el aburrimiento, el aburrimiento de mí mismo y de quien había sido mi compañera. Después empecé a coleccionar otras fotografías. A menudo me marchaba al campo, a la granja de Harro, para fotografiar los animales.

»Una serie de primeros planos de Jane en plena naturaleza. Jane acaricia animales domésticos. Como muchísimo. El dueño de la granja me presenta a su mujer, los hijos un poco pálidos miran a Jane. Jane se sienta con los hijos, después con el dueño. Yo le hago los honores a la mujer del dueño, le pregunto si puedo hacerle fotos, si puedo fotografiar la casa; la agarro de la mano y nos vamos al bosque, ojalá lo hubiese hecho hace años. Ahora me olvido de ella y camino rápido por el bosque entre los árboles, sumergido en mis pensamientos. La mujer me pregunta qué me ocurre, presuroso le hablo de Jane, de mi mujer, quizás he hablado demasiado.

»Probablemente he puesto a Jane en mal lugar. Me pongo en mal lugar a mí mismo. Me doy cuenta de que al hablar de esto me acaloro, me pongo nervioso. También mi compañera se pone nerviosa, se excita; sin embargo no he dicho nada que pueda llevarla a tal estado. Me invita a sentarme al pie de un árbol con las raíces expuestas. Cojo mi pañuelo y lo coloco en el suelo, le ofrezco caramelos de menta, siempre tengo desde que conozco a Jane. Quito el papel y le explico que en los momentos embarazosos surge mi lado infantil y me entra la necesidad de comer algo dulce. Ella lo entiende.

»—No, cigarrillos, no, la pequeña no soporta el humo.

»LA SEÑORA: No sé desde cuándo no estoy nerviosa, ya no pienso en las pasiones. Siempre he pensado más bien poco, salvo a la edad de Jane. (*Con brusquedad*). La entiendo perfectamente.

»YO: Pero Jane nunca está nerviosa.

»LA SEÑORA: No hablaba de los nervios de la niña.

»YO: Comprendo.

»LA SEÑORA: No quería ofenderle.

»YO: No se preocupe.

»¿Usted declararía contra mí?

»Jane se acerca y se sienta entre nosotros. Mira a la señora dándome la espalda; después me mira con mala cara y dice:

»—No me has obedecido.

»No puedo, no podía, murmuraba huyendo, volviendo a la ciudad, subía las escaleras corriendo, di un portazo tras de mí y me dejé caer en la cama. Me dormí casi al instante.

»Nada me preocupa.

»Al día siguiente fui a ver a Botvid, que me dio una bofetada, y me ha gustado.

»Que lo sepa Jane».

III

JANE: Me pregunto por qué la gente dice que en general el poder es malo. ¿Es que todos son pusilánimes? ¿Quieres que te diga qué es el poder? Una serie de eminencias grises, grises también en sentido común, que… que… no sabría decir exactamente qué hacen… De todas formas el mundo va hacia delante —aparte de que nadie de nosotros puede impedirlo. La justicia no es prerrogativa nuestra.

RACHEL: Si en el mundo no hay justicia y el poder existe en el mundo, entonces el poder no es justo y por tanto se puede pensar como los que dicen que el poder es siempre malo.

JANE: Justicia e injusticia —no me aburras.

RACHEL: ¿Cuál es la raíz de la palabra poder?

JANE: Las raíces se perdieron antes de que se formase, dejémoslo estar. Barbarroja, Barbazul, Gengiskan.

RACHEL: ¿No conviertes el poder en algo un tanto pintoresco? ¿No hablabas de eminencias grises?

JANE (*con un gran gesto*): Sí, pero tenía ganas de nombrar a alguien, de todas formas skaal…

RACHEL: Claro.

JANE: Y además al hablar de poder siempre se añade algo colorido y tópico.

RACHEL: Tienes razón, pequeña, el babero de armiño.

JANE: Skaal.

RACHEL (*levantando el vaso*): Contra el contagio, como dice aquel libro tuyo tan pedante.

JANE: Los contagios, mira por todas partes, la escarlatina negra.

Botvid no hace comentarios, Rachel tampoco y Jane está callada. Han pasado varios meses y las dos no se han dirigido la palabra. Botvid busca temas de conversación, pero también él sabe que hay poco de que hablar. Más bien preocupado se acuerda del clamoroso caso de su amigo Nikolau N.V.

JANE: Por lo menos podrías contarnos cómo pensó en destruir a toda su familia.

RACHEL: Me parece un tema interesante.

JANE: ¿Cómo es que precisamente tú eras su amigo?

RACHEL: Pero era su amigo, eran inseparables.

JANE: ¿Acaso quieres decir que Botvid tenía algo que ver con la familia y que tal vez se puso de acuerdo con su amigo?

RACHEL: Los periódicos dijeron que fue el mayor suicidio colectivo simultáneo con un espectador presente.

JANE (*mirando a Rachel*): De cualquier forma, los responsables son los suicidas, quiero decir que nadie los indujo.

RACHEL: Absolutamente.

JANE: Por otra parte existen infinitas maneras de inducir a alguien al suicidio, ¿no te parece, Rachel?

RACHEL: ¿Tú crees? Su familia estaba muy unida.

JANE: Unida hasta el fin.

RACHEL: Lo habían pensado todo y se habían convencido discutiendo lúcidamente entre ellos.

Botvid querría hablar pero está obligado a escuchar la opinión de las dos, como si fueran ellas las amigas de Nikolau y no él. La policía lo había interrogado mucho y manifestaba ciertas sospechas hacia él. Una amistad culpable decían. Nunca una persona le había parecido tan extraordinaria como Nikolau, incluso le resultaba imposible hacer un retrato de su amigo. Háblenos acerca de su personalidad, ¿acaso tenía personalidad? Y el carácter, insistían. El carácter. Se sentía atraído por la teología. ¿Y cuál es su profesión? ¿En qué se ocupa usted, Botvid? En aquellos tiempos estudiaba, sólo me interesaban los estudios, las teorías, el pensamiento. Me

acusaban de contestar como Nikolau. Entretanto la palabra carácter pendía en el aire como si me insultasen. ¿Y qué costumbres tenía su amigo? Trataba de volver atrás en el pasado para buscar algún episodio y me daba cuenta de que poco había que dejara suponer que mi amigo tuviese costumbres. Quizá sean costumbres dormir, comer, pensar, ir al campo, estudiar. Algo más. Apretaban. ¿Malas costumbres? El horario, era puntual en todo. Me preguntaban también cuáles podían ser las consecuencias de estas respuestas. Les pedí tiempo para reflexionar. Yo mismo no lo sabía. Tenía dudas, cómo no tener continuamente dudas.

JANE: Pero ¿qué te dijo Nikolau antes?

BOTVID: Dijo que sus observaciones eran acertadas.

JANE: Pero ¿qué observaciones?

BOTVID: Encontraba correspondencias por todos lados. Por ejemplo: yo soy sueco. Mi familia venera al santo Botvid, asesinado por su esclavo al que hacía instantes había dado la libertad, el 28 de julio de 1100. Con estos datos calculaba y afirmaba poder adivinar que yo mismo buscaba mi propio esclavo. De esto sacaba otras correspondencias.

RACHEL: Debía de conocerte bien.

JANE: Y si alguien se pareciera al esclavo, ¿qué harías?

BOTVID: Le volvería la espalda. No quisiera ver a mi asesino. Sea quien sea.

RACHEL: Pero Nikolau estaba realmente presente, ¿miraba?

BOTVID: Sí.

RACHEL: ¿Y no pensó en salvarlos?

JANE: Salvarlos, de qué, ¿no has dicho tú misma que estaban de acuerdo?

BOTVID: Debió de haber una discusión, toda la familia incluso los abuelos estaban de acuerdo, pero en el último momento el hijo Nikolau dijo que de todas formas era ya como si estuviesen muertos. La madre, enferma, en aquel momento sanó, chilló que no era verdad, que el suicidio tenía que llevarse a cabo, levantó el índice: durante aquellos años se habían estado preparando, se habían autoanulado a sí mismos, para morir mejor. Había llegado el

momento y se habría condenado antes que renunciar. Los hijos se hallaban a su alrededor y asentían. Nikolau se sentía como un idiota. ¿Por qué tenía que renunciar? La madre había razonado perfectamente. Ocho muertos, pensaba entretanto Nikolau, yo los ayudaré, siempre lo he hecho. Las promesas se cumplen, dijo la madre mirando al hijo. Y tú eres el ejecutor, debes mirar por nosotros, un vivo entre nosotros es el regalo que hacemos. Que todas las desdichas de los vivos enriquezcan la felicidad de los muertos. La madre estaba tan segura de sí misma, segura de irse a otro mundo, segura de haber predicado bien, segura de no sacrificarse. Si quieres saber algo más, hijo mío, los suicidas no dejan casi nunca palabras, pero yo te aseguro que es el instinto lo que nos induce a esto. Y yo estoy hablando porque en estos últimos momentos de mi vida quiero que sepas que me has sido de gran ayuda. No digas a la policía que estoy enfermo, no hables de nuestros defectos. Desde este momento yo ya no existo.

JANE: ¿Por qué hablas así, Botvid? Quizá no ocurrió así, puede que hubiera malos entendidos, Nikolau no dijo absolutamente nada, está en un monasterio y ha hecho voto de silencio.

BOTVID: Claro, queridas, tenéis razón, hubo un malentendido, pero dejad que diga mi versión. ¿Cuántas veces he contado esta historia?

RACHEL: Te escuchamos, dinos, ¿no era pariente tuyo Nikolau?

JANE: Siempre hay un parentesco por en medio, el parentesco del género humano.

RACHEL: Que aflige a Botvid en este caso. Es un peso sagrado. La hipnosis del parentesco.

BOTVID: Estaba muy ligado a la familia de Nikolau. Era joven y estaba solo. Caminando por el campo me decía muy a menudo a mí mismo que yo no era más que uno que camina solo, me veía a mí mismo seguir o, mejor dicho, perseguir mi paso con el otro paso, y así transcurrían muchas horas. En aquella soledad estudiaba, podía caminar leyendo, nadie me veía, caminando tomaba apuntes. Parece ser que un día un desconocido me vio y me siguió un rato. Nikolau me lo dijo después, yo no me di cuenta de nada. Sin darse a conocer

dejó unos libros para mí, algunos difíciles de encontrar. Nikolau me dio tiempo, unos seis meses, para que yo asimilara los textos, al final se presentó. Parecía muy joven, me sorprendió mucho ver a aquel chico frente a mí, había imaginado encontrar a un erudito, un hombre de rostro marcado, de ojos profundos que parecen saber mucho, en una palabra, una personalidad que pudiera impresionar a un muchacho de veinte años, ésta era mi edad entonces. Por el contrario, aquel joven podía tener cuatro años menos que yo. Por unos instantes me irrité. No se preocupe, me dijo. Cierto, hoy me digo que no había motivo para preocuparme, durante años había sido su sombra obediente y me había propuesto cosas bastante difíciles de contar. Poco a poco, quizás estaba destinado, me convenció, o quizá le convenciera yo, de que persuadiera a su familia y a mí mismo a poner fin a nuestras vidas. Nikolau era muy persuasivo, y yo no le iba a la zaga. En aquella desgraciada familia no veían el momento de poder hablar de esto entre sí, era el tema preferido. Algunas veces hacían cosas de mal gusto, las mujeres especialmente. Se cortaban las uñas, un poco de pelo, lo amontonaban todo, abandonaban las cosas terrenas y las enterraban. Además de otras cosas de mal gusto, y Nikolau estaba harto. Decía que a menudo los buenos propósitos se convierten en rituales de baja brujería, también las ideas sufren muchas alteraciones, me engordaba, probablemente porque había dejado de caminar. Creo que ninguno se lavaba ya. Nikolau desaparecía durante días enteros, durante meses, dejándome con aquella familia complicada y peligrosa, que para colmo me despreciaba, pero que no me dejaba marchar. Yo tampoco me habría marchado nunca. Indudablemente algo había allí que me gustaba. Por la noche, bajo la luna que iluminaba todos los arbustos, soñaba con el fin, debía suspender mis fantasías porque uno de los de la familia me reclamaba. La madre me dijo: «Si Nikolau no se decide pronto, lo harás todo tú» (amenazándome). Cada cual quería que el otro hiciera algo definitivo. Era un juego de codazos. Por suerte el bello joven Nikolau apareció. Lo recibimos todos juntos: «Al fin». Hubo jornadas de discusiones, Nikolau ya no quería saber nada, los demás

exigían, yo me mantenía aparte, hoy me pregunto si no debería haber agarrado por el cuello a Nikolau. Como tú quieras, le dije. Me encontraba muy débil para insistir. Me fui a la cama, me encerré y pude oírlo todo desde la habitación contigua. La policía me encontró tal como Nikolau me había dejado. El espectáculo que vi era extraordinario.

Jane continúa con sus lecturas. La vida de la araña, de la rana, los pantanos, los parásitos. El reclamo de las mariposas, los conejos sin olfato, llenos de pelo con los ojos rojos. Hablando de otra cosa: «Existen hombres terribles, instrumentos gigantescos oxidados en el fondo del océano. Su poder sobre las almas delicadas es inmenso; las atraen y las trituran. A su manera, esto es grande y hermoso. Es la planta venenosa que atrae a los niños en el bosque. Es la poesía del mal».

RACHEL: No quiero distraerte de tus lecturas, pero has leído el diario de Mary, todos dicen que tenía visiones y su madre ha indicado que la hija ya…

JANE: Y tenía pésimas amistades. Ya sé todo lo que se dice.

RACHEL: No has visto el diario, está numerado. Siento no haberla conocido. Tú, ¿por qué no escribes, hermanita?

JANE: No tengo nada que dejarte dicho. Además, no te arrimes siempre a mi lado, parece que estés pegada a mí.

RACHEL: Los pactos.

JANE: Durante mucho tiempo te he hecho caso, la convivencia se me está haciendo insoportable, la casa es grande, por favor, déjame en paz. ¿Quieres?

RACHEL: Me cuesta demasiado. Es la primera vez que te veo arisca. Bien. Lo preveía.

JANE: Vete. (*Alejando a su hermana*). No logro concentrarme cuando estás aquí, yo misma me vigilo, cómo olvidarse de que estamos vigilados, de que estamos sujetos a cualquier desorden, de que continuamente estamos sujetos a una cosa que nos atraviesa la mente y que no es lo que buscabas.

Rachel ha dejado sobre la mesa las hojas del diario de Mary y una fotografía de la muchacha. La cara está escondida por una sombra, hay un asomo de sonrisa. Al lado una fotografía de los padres, muy jóvenes, un poco mayores que Mary, aunque saciados, piensa Jane. Unos días antes, en un momento de auténtica rabia, M. se había tirado desde el último piso porque su padre se había puesto a revolver entre sus cosas, le había cogido el diario y lo había leído largo y tendido, y después lo había comentado con su mujer. La pequeña Mary, lívida, subió al ascensor y gritó: «Y ahora mirad también esto».

Jane abre el diario:

1 — Tengo que inventarme cosas continuamente.

2 — Me resulta difícil mirar a mi padre sin transformarlo en una liebre.

3 — Quisiera silencio, pocas horas durante el día, pero al menos por la noche.

4 — Me duermo por la noche y ya es de día.

5 — La buena voluntad de prepararse cada mañana.

6 — La liebre quiere que deje el baño abierto.

7 — Me gustaría tener muchas llaves.

8 — O el uno o la otra entran en mi habitación.

9 — Este año también soy la primera de la clase.

10 — No pienso en competir.

11 — ¿La vida?

12 — ¿Cuántos números lograré llenar? ¿Qué cosa preferiría llenar? Creo que mi barriga. Tener la barriga llena.

13 — El cerebro es un parásito.

14 — Imán.

15 — Encuentro inútil escribir en el diario.

16 — Escribir es aún más efímero que hablar, no hay nada más efímero que el darse cuenta.

17 — Me siento muy eufórica cuando sé que estoy triste.

18 — Tengo algunas lagunas.

…

200 — Espero la ocasión. ¿Cuál?

201 — Si fuera menos tranquila. ¿Qué necesitaría para poder tomar decisiones?

202 — Más rigor.

203 — Hay una supremacía de pensamiento que cae en el momento oportuno. Como todo pensamiento se halla dividido en impulsos. Pensamiento uno dos tres. Combinaciones. Caída. El final del tiempo. Reanudación, domesticar, evolución, retroceso, ceder. Chispa del pensamiento. Cede totalmente. Obnubilación. Reanudación del pensamiento n.º 2, simulacro de la memoria del pensamiento n.º 1. Fatalmente invención base, cero. Pensamiento cero, impulso de los números, pensamiento desaparecido.

204 — Permanecen las ideas fijas.

205 — Encantamiento.

206 — Y yo me agarro.

207 — Pensar siempre en la misma cosa.

208 — Es como si ya no estuviese aquí.

209 — Las letanías.

210 — Me alejo.

211 — Espero.

212 — La circunstancia.

214 — El recuerdo de los monos.

216 — ¿Quién me empuja? El exterminador.

217 — Ayer caminando por la calle estuve a punto de ir a parar debajo de un autobús. Fui arrojada lejos.

219 — Continúa la oscilación y el deslizarse.

218 — Dónde caer y cuándo.

217 — Un recinto.

219 — Demasiada calma. Estaba a punto de echar me a volar por la ventana. Imprevista detención de la vegetación.

El turista

De vuelta de un viaje al extranjero, Botvid pasea en la quietud del jardín y recuerda en voz alta lo que ha visto y oído pocos días antes en medio de un vastísimo campo:

«El fin de la guerra, venid, oh, público, a visitar los campos, en el precio está todo incluido, aquí fueron martirizados, allá azotados, el grito, oíd el grito. He aquí el cementerio, se abren las puertas, por favor, admirad los restos de la carnicería. El *speaker* tiene que hablar más alto, hay gente al fondo que no oye. Entretanto, en la plaza grandes carteles pintados de oro indican las salas donde se exponen las fotografías. Otro público corre a maravillarse. Los esqueletos colgados con sentido fotográfico y arquitectónico, bajo la luz de neón resaltan los torturados. A las dieciocho, todos al cine. Para que no se olvide, decía un cura, es oportuno que la juventud se dé cuenta y lo sepa, y que vea sobre todo lo que ocurrió. Tres liras, la entrada, adelante, pasad. Mirad. Está todo. Incitación a la masa, adelante, haced preguntas, dialoguemos, estamos frente a la realidad. La realidad del ayer, no tengáis miedo, expresaos, cada uno de vosotros tiene voz en esto. Gracias. Sigue el aluvión de sacrosantas opiniones y en las casas se discute todavía, y las fábricas de documentos prosperan. Y también las de las ideas. Prosperidad y salud. Un brindis. Leía sobre un monumento cercano a unas espléndidas cascadas, dignas de la magnífica prosa de Goethe: "Mientras en otras partes la sangre corre a raudales, mantenemos aquí nuestros *Güter*, nuestros bienes, para que nuestros hijos puedan prosperar". Hijos, es cierto, cuánto habéis prosperado. Cuánta inmensa

sinceridad se transparentaba en aquel pedazo de mármol, qué coherencia. Poder de las fronteras, del bloqueo de aduanas. *Alt*».

Érase una vez un señor que tenía unas costumbres y que había estudiado a fondo su propio carácter. Ante todo admitía tener tendencias nocivas y peligrosas y después se sentía presa de periodos de malhumor y sacudido por excesivas impaciencias. Para explicarlo mejor, se sentía dominado por arranques que además hacían que su circulación se resintiera. De pronto sentía calor. Con pocas palabras decía que tenía trastornos. Por lo tanto, alquiló un apartamento en la ciudad y, en cuanto «sufría», se ausentaba de su casa y del trabajo. Para quien lo conocía, me parece inútil decirlo, resultaba una persona muy estimable. Tenía un puesto de responsabilidad. Así, con la maleta y el perro, se metía en el coche hablando solo —«mucho es inevitable, es mejor saberlo antes»— mientras llegaba a su destino. Desconfiado, debía ser desconfiado, abría al atardecer el portal, subía las escaleras volviéndose hacia atrás continuamente, y se precipitaba en su apartamento. En la habitación ya estaban preparadas dos palanganas, una llena de agua. Quizás estuviese nervioso, no se sabe, mata el perro de inmediato, se lava las manos, vuelve a colocarlo todo en su sitio. Enseguida cae en un profundo sueño. Unos días después su vida recupera el ritmo normal. Las visitas al apartamento se repetían no sé cuántas veces, pero ciertamente durante algunos años. Había premeditado la ocasión de matar, como había premeditado ser en extremo cauto con sus semejantes, conocía su furia. Tras las primeras experiencias con perros, a las que él llamaba experimentos, conseguía olvidar que podía asesinar también a un hombre y se encontraba mejor. Vive todavía, tiene más de ochenta años y se le ha pasado por completo su manía, como si nunca hubiera existido.

Jane se preguntaba entonces si basta con matar perros para no matar a los hombres. Para aquel extraño señor parece que sí.

Jane buscaba la ocasión propicia, fijaba un punto sobre el pavimento, la trampilla, cerrando los ojos, para reponerse tenía que saltar un muro altísimo de arcilla, sobre el que dejaría su imagen de persona que desaparece.

Las redes se tienden hacia Jane: las trampas, los impedimentos de la vida, el revolverse en el sueño, el confundirse, el dispersarse, el dar vueltas, en la extrañeza y durante pocos minutos en el episodio. Entre jardines y fuentes, entre hierbas y finas palmeras, las reflexiones de Jane se entrelazan y caen como alfileres. —No hay nada que no esté en algún lugar—. Jane veía un oscuro torbellino erecto y recto como una plomada frente a ella, era la arquitectura de sus pensamientos que se deshacía, era un enésimo chiste que se les aparecía, de improviso, como un regalo que hay que aceptar; si el tiempo tomase una forma, tendría la de una tapadera.

JANE: Me ocupo de un pequeño pensamiento transversal, el Ángel. Y de que no venga. Un ser desesperado es terco. Lo espero. Me avergüenzo de esperarlo. ¿Te acuerdas cuando lo sabíamos? Después, casi de improviso, la imposición de callar y esconder. No hemos oído hablar más de él. ¿Por qué este abandono? Sé que volverá, pero antes transcurrirán años de inmutabilidad. Entretanto esperaremos, Botvid también se ha dado cuenta y está triste. El ángel se ha retirado. ¿Lo oyes alejarse? ¿Qué es nuestra imaginación frente a esto? Algo que se derrumba a su paso. Te acuerdas de que hubiese bastado poco para poder ver cómo se derrumbaba. Pero no lo hemos visto.

La rabia contra el ángel de la guarda

JANE: ¿Estará cansado de nosotras? Ronda a nuestro alrededor, lo sospecho de ser responsable de la semejanza entre mi hermana y yo, lo sospecho de maldad. Yo lo odio. Rachel lo odia. Ahora cuando hablo sola y miro hacia arriba, o miro tercamente el suelo, o hablo con Rachel, me atraviesa, siento que pasa a través de mí y no puedo contenerme, no puedo evitar el asco, y ahora me convenzo de que no puedo evitar la desesperación. ¡Y antes no era así! Las imágenes eran del todo distintas, ahora mi imaginación no tiene raíces. En este momento detesto las fuerzas superiores. Atribuyo al ángel todo aquello que me destruye, en pocos años me ha llevado al borde del precipicio. Son palabras demasiado fáciles. Pero ¿cómo podría expresarme de otra forma? Es él quien nos hace vivir en esta soledad, él quien ha quitado a toda aquella gente de en medio, él quien nos mete en la cabeza esas ideas sobre la vida, la muerte y todo lo demás. El único placer que siento es cuando no soy nada, me siento un peso ligero, a la deriva con moderación. Pero dura tan sólo unos segundos. Y el resto, el resto que no puedo nombrar, montón de fuerzas opuestas, agua, fuego, viento y aburrimiento. Me ha metido en la cabeza la eternidad. Cuánto lo odio. Me hace pensar que de todas las maneras no hay un final. Y yo antes tenía idea de ese final. Sabía que en un punto determinado, pues bien, me lo ha hecho olvidar el mismo que me lo había sugerido. Me ha sugerido a mí, víctima de la mnemosis, me ha sugerido las colosales fábulas del olvido, del humo, del desgaste, de lo bajo, de lo más bajo posible, y mientras divago, Rachel inmóvil, dormida en un nicho, es

la estatua que había apoyado en un rincón y se mueve como empujada, vacilante, y cae. Silencio en la casa, silencio en el aire, qué había sentido aquel día, tan lejano, tan presente, qué era aquel abandono aún más total, irrisorio, aquella gymkama de vigilia, aquel transcurrir de sueño, avalanchas de frío, de dormir, y ahora me río, como todo se rinde en el teatro, yo y la estatua nos hemos rendido, se acabó, se acabó maravillosamente, en la gran cuba. Con las rodillas empujo a Rachel para que se levante, es más pesada que el aire que respiro, yo misma ya no logro moverme, cada gesto cae, el vaso está tan lejos, resulta cansado beber, la boca abierta y una expresión no de las más vivaces. La monotonía nos ha asaltado con el rabo. Con la traílla, con los espejos, con el sentido común, el sobresalto de las sombras.

JANE: He visto un cementerio de piedra sobre piedra, debajo de cada piedra había otras piedras, así quizás hasta el centro de la tierra. Desde el punto donde convergen todos los puntos crecían las tumbas, y la superficie estaba devastada.

Pequeños caminos estrechísimos rodeaban las lápidas y en las tumbas había piedras. Un santo varón estaba enterrado en la superficie y yo he meditado largamente. Yo era parte de un público, se entraba en fila por una puerta, nuestros pasos se apoyaban en los sepultados. He sentido el principio y el fin y una gran tristeza.

Jane se encontraba en un brezal y extraños objetos crecían aquí y allá dando a la naturaleza un aspecto anormal: «¿Cuáles son los casos de peligro en la vida?», se preguntaba Jane. «¿Son quizá los presentimientos?». Hacía tiempo que había algo insidioso en las costumbres de Jane, esas costumbres que la hermana llamaba horas muertas, eran las horas de Jane. Sus jornadas duraban pocos minutos, instantes, decía. De improviso la pequeña asumió un aire adulto y ya no participó en los juegos de su hermana, ya no habló con Botvid, ni frecuentó la compañía de nadie más. Así podría haber vivido toda su vida. Era como una persona que desaparece, tranquilamente ante nuestros ojos, con nuestra aprobación. Rachel hablaba ya de ella como de un recuerdo. Botvid, ausente, bajaba la cabeza. Ya, decía. Por otra parte, Jane se mostraba amable con ellos, casi afable. Muchas veces, viniendo de la calle, volvía tan cansada y pálida que Rachel hacía como si no la viera y esto también se transformó en costumbre, el no darse cuenta de la presencia de las personas cercanas y parecidas. De vez en cuando Jane podía oír

decir: «¿Te acuerdas cuando Jane hacía esto o aquello? ¿De cuando Jane hablaba?». En un tiempo remoto, empezaba a decir la hermana, había escuchado a una estatua, y la otra estatua se movía hacia mí, ahora yace inerte en el pavimento, el alabastro, circunspecto, inerme, presente. Todavía el fantástico cansancio frente a los ojos, Jane, contéstame, dónde estás, no me abandones. Has sido la víctima de una lenta corrupción, Botvid con paso lento se dirige hacia la casa colonial, dice que necesita descansar, mi pariente y su amigo se han ido, querían dormir más, y yo, Rachel; Jane, ¿quién llama a la puerta? Siempre hay alguien que quiere entrar, clausuraré la puerta, tapiaré las ventanas, y contemplaré la oscuridad, tan amada por Jane. Pero la vegetación ha desaparecido ya, los árboles pulposos se acercan a la casa, no hay nadie aquí, se han ido todos. Que sea una forma de venganza, una subespecie de venganza. ¿Será una broma más de Jane? Su talento me ataca por todas partes, soy como el viudo que ve lo que no hay, soy como cualquier otro que cree ver ficciones en mentes simples, el hundimiento de mi pensamiento, ¿quién llama a la puerta? Estoy caminando a cuatro patas, busco mi calidoscopio. En el escenario, un tramoyista acaricia una palanca y se cierra la cortina. Me caen encima quilos de terciopelo. Los aplausos de la platea. Soy de Jane. Botvid ha vuelto a visitarme con los treinta y dos de la casa colonial y también la roja que aplaude por todos, su entusiasmo contagioso desencadena la multitud. ¿Qué es la multitud?, hay de nuevo algo que me arrastra, son todos ellos que han venido a ver a Jane. ¿Jane? No está. También se ha abandonado la copia, he hecho kilómetros y kilómetros, he seguido caravanas por el desierto, bajo un cielo rosáceo como la encía del leopardo, como decía un amigo mío, oh, Jane, no pronuncies la palabra desierto, Jane, te lo ruego, no hables, has desaparecido, ¿qué diablos es este juego de las convergencias? Tenía la impresión de estar mirando el catálogo de la muerte, las restauraciones, las tergiversaciones. Las sombras están tomando otra vez posiciones. Las veo. Están netamente incisas en mi memoria, en mi brazo izquierdo, Jane, me retengo, evito decir sangre, corre la sangre lentamente por el estuario, el balbuceo está hinchando mi

lengua. La hinchazón me impide hablar, te conjuro, el desorden disuelve mi lengua.

Pasó el tiempo y Rachel se dirigió nuevamente a Jane:

RACHEL: Por lo tanto, hermana, permanezcamos entre nuestras cuatro paredes, para no salirnos del modelo, ajustémonos la una a la otra y volvamos sobre nuestros pasos. Un intercambio de similitudes podría ser letal para nosotras. Tú eres mi ejemplo disminuido frente a otras dimensiones, prefiero callarme.

FLEUR JAEGGY nació en Zurich, Suiza, en 1940, si bien ha residido más de treinta años en Italia, y escribe en italiano a pesar de haberse criado en colegios suizos donde se le educaba en alemán. Se trasladó de Roma a Milán en 1968, año en el que publicó su primera novela, *Il dito in bocca*. Debido a su reticencia para hablar de su vida privada (además, odia ser fotografiada), se sabe muy poco de su vida, si bien se reconocen tintes autobiográficos en sus novelas. Con su obra *I beati anni del castigo* (Los hermosos años del castigo) fue Premio Bagutta 1990. Jaeggy está casada con Roberto Calasso, ensayista, novelista y dueño de la editorial Adelphi. Conocida también como traductora (ha traducido a autores como Thomas de Quincey o Marcel Schwob, autores sobre los que también ha escrito ensayo), ha creado letras para el músico Franco Battiato (Hiver, Le Aquile). Su prosa se caracteriza por su frialdad, precisión y sobriedad, y ha sido definida por muchos críticos como una escritura donde prima «lo ausente», es decir, cobra mayor importancia lo que no se dice que lo que se dice.